

En épocas de evolución, cuando los verdaderos esquemas de fondo y las bases de actuación se ven sometidas a evoluciones, modificaciones o tránsitos (propios o impuestos por una circunstancia determinante) y la actuación de los hombres queda condicionada por factores de evolución o de cambio, es difícil y requiere una tremenda capacidad analítica el evidenciar y llegar a establecer con claridad las causas últimas de la inquietud.

Pero existe una "sintomatología".

Hechos que de por sí son pura consecuencia y que pueden considerarse como marginales al problema de fondo, son lo bastante evidentes, lo bastante inmediatos y cotidianos como para servir de "resonadores" que hagan comprender, incluso al más miope, que hay algo que varía, algo que deja de estar ajustado a la realidad que manejábamos y que se evidencia como necesitado de ajuste.

La solución de estos problemas marginales no puede enfrentarse plenamente si no es estableciendo su mayor o menor grado de interdependencia o linearidad, o si no estuviese derivada íntimamente del primer y verdadero factor condicionante de todo el fenómeno madre.

Forma de ejercer la profesión, forma de enseñar la profesión, son dos de estos factores marginales, importantes pero no desligables del verdadero problema: forma de entender y sentir la arquitectura.

Distintas posiciones de los distintos hombres frente a este último punto son las que determinan los factores anteriores.

En la medida en que el entendimiento del fenómeno arquitectónico se aleje de los esquemas artesanales que dieron lugar (y aún lo dan) a métodos profesionales y sistemas de enseñanza coherentes con estos esquemas; en la medida en que se abandonen no los usos, sino los conceptos que dieron lugar a las soluciones anteriores, estaremos necesitados de nuevas soluciones a los viejos problemas.

Pero esto no es tan directo. La enseñanza de la arquitectura implica una acción colectiva, una previ-

sión colectiva y una decisión homogénea, es decir, la forma en que se resuelva el problema de cómo enseñar, qué enseñar, y qué criterios de enseñanza se utilicen afectará por igual a todos los que aprendan, a todos los que sean "alumnos".

Por otra parte, el ejercicio de la profesión, entendido como "mecánica del oficio", depende de la forma de entender y sentir de cada uno de los que forman parte activa en el fenómeno arquitectónico; su actuación como individuos dependerá de su forma individual de ser y entender.

Llegar a una forma colectiva o a una forma (en mayor o menor grado) común de "ejercer" necesitará que previamente se alcance una forma común de entender y sentir.

Pero esto ahora no está logrado. Hay ciertamente unos primeros sentimientos comunes, pero no están traducidos ni formulados, y aún estamos en un momento en que los puros factores individuales arrojan una enorme disparidad.

Abordar el tema de la enseñanza de la arquitectura de una forma dogmática o el problema del ejercer profesional de una forma normativa, sería pecar de ingenuos o de fatuos.

Son temas cargados de una enorme carga dialéctica, de un gran poder de controversia. Son temas actualmente polémicos por naturaleza.

Hablar de ellos para exponer su forma actual de ser, para conocer opiniones, para establecer disparidades, y formularlas, para analizar tendencias..., es el paso previo a una labor posterior de unificación, es anterior a todo intento que pretenda ser eficaz y colectivo.

Estudiar los "síntomas" en sí mismos, enunciarlos de una forma indicativa es la labor necesaria, y previa al "diagnóstico", aunque estos "síntomas" no nos hablen directamente del verdadero problema, del problema del individuo, del problema del hombre colectivo.

Bernardo Ynzenga.